

LA FAMILIA SUJETO DE EVANGELIZACIÓN
S. E. Mons. Vincenzo Paglia
Presidente del Pontificio Consejo para la Familia

Beatísimo Padre, venerados hermanos en el episcopado, hermanas y hermanos:

Me refiero a los números 110-113 del *Instrumentum laboris* donde se habla de la Familia para sugerir un acento teológico y pastoral más incisivo. El Santo Padre en la Liturgia de apertura del Sínodo ha subrayado que “*El matrimonio, constituye en sí mismo un Evangelio, una Buena Noticia para el mundo actual*”. Puesto que “*se fundamenta en la gracia que viene de Dios Uno y Trino*” habla con fuerza de Dios. El matrimonio es “de Trinitate” y la teología está llamada a profundizar esta dimensión para mostrar la riqueza de este “misterio grande”, como dice Pablo (Ef 5,32). El matrimonio sigue siendo una buena noticia también para el mundo actual porque responde a la necesidad radical de familia inscrito en el hombre y en la mujer desde que Dios dijo: “No está bien que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda que le sea semejante”(Gn 2,18). Adán estaba vivo, pero le faltaba algo vital: una compañía. El hombre es nada si está sólo: se juega todo en la interdependencia, sin la cual no se existe y no se es libre.

Y sin embargo, mucha de la historia de occidente, ha sido concebida como liberación de cualquier vínculo: los vínculos con los otros, por tanto con la familia, la responsabilidad frente al otro. Es verdad que los vínculos, a veces, también han oprimido la subjetividad. Pero hoy el vértigo de la soledad con su culto del “yo”, desligado de todo vínculo, incluso de Dios, corre el riesgo de matar toda subjetividad haciendo precipitar ruinosamente hacia abajo. En esta situación, los vínculos afectivos, sexuales, se comprometen y se viven en el horizonte privado de la soledad. A esto se añade la desorientación provocada por la globalización, que acentúa aún más el replegarse sobre sí mismo. Y en una sociedad cada vez más individualista fácilmente se pone en discusión tanto el matrimonio como la familia: no se reconoce más en el matrimonio la raíz de la familia y en esta última el fundamento de la sociedad, subvirtiendo así una antropología secular que, incluso hacía decir a Cicerón “*familia est principium urbis e quasi seminarium rei publicae*”.

La marginación y ruptura de la familia es quizás el problema número uno de la sociedad contemporánea, aunque sean pocos quienes se dan cuenta de ello. No ocurre así con la Iglesia, “experta en humanidad”. Por esto no podemos callar. No porque seamos tradicionalistas o conservadores de un instituto superado. Aquí está en cuestión el futuro mismo de la sociedad. En todo caso somos “conservadores del porvenir”, del futuro de la sociedad. En efecto, conocemos bien el alto costo de las fragilidades familiares que pagan sobre todo los hijos, los ancianos, los enfermos. Por el contrario, la familia significa casa, estabilidad, crecimiento, futuro.

De nuestra parte es urgente – muy urgente - una reflexión cultural más cuidadosa y una acción más vigorosa para que la Familia sea puesta en el centro de la política, de la economía, de la cultura, tanto en los países como en las instancias internacionales, involucrando también a los creyentes de otras tradiciones religiosas y a los hombres de buena voluntad. Además es necesario desenmascarar las elecciones equivocadas que se revisten de racionalidad. Por ejemplo, se considera que es imposible pensar en la fidelidad matrimonial “para siempre”. Pero yo me pregunto: ¿por qué se puede decir *for ever* al propio equipo de fútbol y no a la propia mujer o al propio marido? Evidentemente hay algo que no funciona.

Por otra parte existe la necesidad de dar voz a las numerosas familias cristianas que viven la fidelidad y el compromiso en el matrimonio y en la familia, muchas veces heroicamente. Ellas son una riqueza para la Iglesia y para la misma sociedad. Se les debe apoyar, acompañar y mostrar. Los Encuentros mundiales de las familias – pienso en el de Milán y en el próximo de Filadelfia – han de ser una fiesta y mostrar que la familia no sólo es posible, sino también es bella. La Iglesia debe presentarse cada vez más como la “familia de las familias”, incluso de las heridas, necesitadas de

ayuda y de amor. Parfraseando el antiguo dicho de San Cipriano: “Si se tiene a la Iglesia por Madre es más fácil sentir a Dios como Padre”.

El notable número de intervenciones sobre la familia y sobre la necesidad de que sea cada vez más sujeto de la nueva evangelización, expresa una fuerte indicación pastoral; y para mí es un estímulo ulterior mientras estoy dando los primeros pasos como Presidente del Pontificio Consejo para la Familia.